S O R O C H E

Rodolfo Cerrón-Palomino

“El aire está tan rarificado en estas alturas, que los animales se *asorochan*. *Soroche* es el nombre que se da al estado de sufrimiento que se apodera de todos, hombres y animales, en la cordillera. En los hombres es un violento dolor de cabeza y una gran dificultad para respirar, que paraliza sus fuerzas y los obliga a detenerse. Se ahogarían si se vieran obligados a seguir subiendo. Los animales atacados de soroche tienen la respiración entrecortada y transpiran abundantemente. A menudo caen atacados de apoplejía, y mueren en el mismo sitio si no se les socorre en seguida”.

Sartiges ([1834] 1947: II, 21-22)

0. La voz *soroche*, como sinónimo de “mal de altura”, caracterizado por un malestar causado en el organismo (humano y animal) debido a la rarefacción del aire en las zonas cordilleranas andinas, es un indigenismo de uso general en el castellano del Perú, Bolivia y Chile. Considerada como palabra de origen quechua en la mayoría de los registros documentales

y léxicos, su etimología no ha sido esclarecida del todo, e incluso hay quienes han puesto en duda la procedencia sugerida. En la presente nota, trataremos de esclarecer no sólo la fuente idiomática de dicho indigenismo sino también su etimología primigenia dentro de ella.

1. Antecedentes. Los registros lexicográficos que recogen la voz *soroche* le asignan por lo general una etimología quechua, cuya forma primigenia habría sido *suruchij* (cf. Palma [1895] 1953: 1404, Alvarez Vita 1990: 495); o, alternativamente, *surujchi* (cf. Middendorf [1895] 1974: 22, Lenz [1905] 1977: 696, Farfán 1959: 33), con ligeras variantes en ambos casos¹. Hay quienes, sin embargo, le confieren un étimo de partida doble: Ugarte (1997: 276) y Carpio Muñoz (1999: 447), en efecto, proponen un origen tanto quechua (*suruchi*) como aimara (*surujchi*). De acuerdo con lo último, como se ve, el étimo postulado por Middendorf sería de origen aimara. En tales propuestas, sin embargo, no asoma el menor intento por justificar la procedencia apuntada, por obvias razones de formación y competencia. Quienes, como era de esperarse, se han ocupado del término con mayor base filológica y lingüística han sido Martha Hildebrandt y Enrique Carrión. Por lo que toca a la autora de los *Peruanismos*, ella sostiene que el término sería “de oscura etimología”, pues aun cuando, en su opinión, puede asociárselo con la voz quechua *suru-* ‘destilar’, quedaría por explicar “el terminal *-che*, que no parece morfema quechua” (cf. Hildebrandt 1969: 356-357). El segundo de los investigadores mencionados, a su turno, se inclina por un origen quechua, postulando una base <suruchek>, y despejando las dudas de

¹ Tales variantes tienen que ver, por lo que toca a la notación moderna, con la representación de las vocales y del segmento postvelar, fonemas todos compartidos por el quechua y el aimara. Así, algunos autores registran, por un lado, <surucheq> ~ <suruchej>, y, por el otro, <sorojchi> ~ <sorojchi>, etc. En cualquier caso, la apertura vocálica de /i,u/ está determinada, en parte, por la acción “abridora” que ejerce sobre ellas la consonante postvelar /q/, segmento que a su vez se fricativiza en posición final de sílaba (de allí la notación de <j> ~ <jj> para representarlo).

Hildebrandt respecto del remanente <-chek> (en verdad, sólo -che para la autora mencionada), que en sus palabras vendría a ser “el sufijo [sic] -chek” (cf. Carrión 1977). El mismo estudioso descarta la variante *surujchi* como étimo, en sus palabras, “a menos que aceptemos un origen aimara *sorojchi* [...], forma sobre la que no sabríamos opinar” (cf. *art. cit.*, nota 6). Pues bien, en lo que sigue trataremos de formular algunas acotaciones y observaciones a los datos aportados por nuestro colega académico, quien, por lo demás, en ensayo erudito como los que acostumbra ofrecernos, nos libra de mayores comentarios respecto de la génesis, distribución geográfica, y la plurisemia de la voz que nos ocupa².

2. Etimología. En esta sección discutiremos la etimología del vocablo situándola en dos niveles: en una primera instancia, en tanto indigenismo dentro del castellano, buscaremos rastrear su verdadero origen, para el cual, según se vio, se ha postulado tanto una etimología quechua como aimara; en segundo lugar, una vez aclarada su procedencia, procuraremos establecer su étimo formal más remoto, el cual ha permanecido hasta ahora insospechadamente ajeno a toda asociación con las etimologías propuestas debido a los cambios fonéticos operados en su constitución.

2.1. Origen quechua: **suruchiq*. Una de las más tempranas documentaciones del término nos la ofrecen las ordenanzas del Virrey Toledo. En efecto, en una de ellas se hace alusión a un “metal [...] pobre, que llaman *soroche*, que solamente sirve de liga en las fundiciones, porque lo más del ello no tiene ley”

² Por las mismas razones tampoco nos ocuparemos aquí de los procesos de “nativización” o adaptación por los que pasó el término al ingresar al castellano andino (es decir, el pase de **suruchiq* a *soroche*); para todo ello suscribimos aquí las explicaciones ofrecidas por el colega académico en el artículo citado, pues ellas concuerdan en líneas generales con las que hemos venido señalando en una serie de trabajos anteriores (como, por ejemplo, a propósito de nuestros estudios sobre el Inca Garcilaso; ver Cerrón-Palomino 1991, 1993).

(cf. Toledo [1569-1574] 1986: 334)³. Ahora bien, quienquiera que sepa un poco de quechua o que, alternativamente, lea con atención a Garcilaso, no puede menos que quedar insatisfecho con la definición que proporciona Toledo, según la cual la palabra sería equivalente a “metal pobre” o “bajo”, puesto que estamos ante una voz derivada y no de acuñamiento primario. De manera que, en verdad, el significado originario del término aparece, en la misma cita, encubierto en la expresión finalista que acompaña a la ecuación inicial: “que solamente sirve de liga en las fundiciones”. Lo que quiere decirnos el virrey es que el *soroche* era un metal que facilitaba la fundición de los minerales, es decir, tenía la misma propiedad del azogue, que se descubriría poco tiempo después: semánticamente, como “mineral fundente”, el vocablo *soroche* se avenía perfectamente con la contextura de su significante gramatical, tal como se desprende de la siguiente cita del Inca Garcilaso.

En efecto, hablando de la fundición de la plata en Potosí, el Inca (cf. Garcilaso [1609] 1945: VIII, XXV, 214-215) refiere lo siguiente:

El metal de la plata se saca del cerro grande [de Potosí]; en el cual hallaron, a los principios, mucha dificultad en fundirlo, porque no corría, sino que se quemava y consumía en humo; y no sabían los indios la causa, aunque avían tratado otros metales. Mas como la necesidad o la codicia sea tan gran maestra, principalmente en lances

³ Otras referencias se encuentran en las págs. 87, 351-352 y 357 del vol. I de sus *Disposiciones gubernativas*. Lo que extraña en la cita es la ortografía del vocablo estudiado, pues aparece escrito con <s> y no con <ç> (o su versión más moderna <z>), como era de esperarse, de acuerdo con las normas ortográficas (y la pronunciación quechua) de la época. Aun cuando no podamos acceder al manuscrito original, no sería aventurado señalar que allí se registre <çoroche> y no <soroche>: es tanta la sistematicidad de la escritura de los vocablos quechuas del siglo XVI que nos apuramos en apostar por la propuesta. Como se hará evidente, la notación con <s> o <ç> de las voces quechuas resulta crucial para dar con el verdadero étimo de la palabra; ver, especialmente, § 2.3.

de oro y plata, puso tanta diligencia, buscando y provando remedios, que dió en uno, y fue que *en el cerro pequeño halló metal baxo, que casi todo o del todo era plomo, el cual, mezclado con el metal de plata, le hacía correr*, por lo cual le llamaron *çurúchec*, que quiere dezir el que haze deslizar (énfasis agregado).

Del mismo modo, el jesuita enciclopédico nos dirá, refiriéndose a las bondades del metal ligoso (cf. Cobo [1635] 1964: III, XXXVIII, 145):

para que con facilidad se derritan y corran [los minerales], se tiene cuidado de mezclar con los metales secos el *zoroche*, que es metal plomizo; el cual, aunque suele ser pobre, de poca ley, todavía se funde a vueltas de los demás, *para que les haga correr* (énfasis añadido).

De esta manera, de acuerdo con el mestizo historiador, pero sobre todo gracias al análisis de la morfología interna del vocablo que nos ofrece, *soroche* provendría de *çuruchec*, es decir **suru-chi-q*, participio de presente del verbo **suru-* 'deslizar', seguido de los sufijos causativo *-chi* y agentivo *-q*. No está, pues, en lo cierto Martha Hildebrandt cuando sostiene que esta palabra es "de oscura etimología", entre otras razones, por considerar que "el terminal *-che*" no sería morfema quechua. Como se recordará, una rectificación en los mismos términos ya había sido adelantada por Carrión, sólo que, para ser exactos, habría que aclarar que en verdad no hay tal "sufijo" *<-chek>*, del que nos habla (o, mejor *-chiq*, salvando la notación fonética), pues dicha forma, lejos de ser monomorfémica, se descompone, conforme vimos, en una secuencia derivacional integrada por *-chi*, morfema verbal causativo, y *-q*, nominalizador agentivo. Una vez aclarada la gramática interna del término, conviene que indagemos ahora sobre la etimología de su radical.

Pues bien, en relación con ello, el Inca postula para *soroche* la raíz quechua *<çuru->*, que el jesuita cacereño

registra con el significado, entre otros, de “colgar el moco, o cosa líquida, o quajada [,] estar colgando y cayendo de alto a bajo” (cf. González Holguín [1608] 1952: I, 89). Es decir, el significado básico es deslizarse de arriba hacia abajo, o sea chorrear. De aquí, entonces, *suru-chi-q*, literalmente, “el (metal) que hace deslizarse (la plata)”, como nos lo parafrasea el historiador mestizo. Notemos, sin embargo, que la raíz verbal, como tal, aparece registrada modernamente sólo en los dialectos del quechua sureño, mas no en las variedades centro-norteñas, donde aparentemente no se la registra⁴. ¿Cómo explicar, sin embargo, su ausencia en los dialectos quechuas no sureños? La respuesta a esta pregunta la desarrollaremos en § 2.3.

2.2. ¿Origen aimara: **suruxchi*? Como se dijo, la alternativa etimológica propuesta para nuestro vocablo es la forma *surujchi*, que es atribuida al aimara. A decir verdad, sin embargo, lo cierto es que ella, si bien familiar en el quechua y el aimara sureños modernos, no aparece registrada en ninguno de los vocabularios coloniales más tempranos. En efecto, la palabra ni siquiera aparece donde debería estar: en el diccionario minero de García de Llanos ([1609] 1983). En cambio sí la consigna, por ejemplo, Gunnar Mendoza, en su “Glosario de voces relativas al trabajo minero”, que ofrece como apéndice a la obra de Capoche ([1585] 1959: 198-208). Y ciertamente figura

⁴ Incidentalmente, Martha Hildebrandt (cf. *op. cit.*, p. 356, nota 1) lee mal la entrada <sutu-> ‘destilar’, que registra fray Domingo de Santo Tomás ([1560] 1994: II, fol. 168v), para darla como equivalente de la forma <çuru->, que recoge el jesuita cacereño. Para más detalles, el vocablo mencionado aparece tras <susona> “mantales”, o sea, alfabéticamente, después de la <s> de la segunda sílaba. Obviamente, la asociación implícita hecha por la autora entre ambos lexemas estuvo dictada por la parcial superposición semántica de éstos. De hecho, la primera voz, que en el cuzqueño porta una alveolar glotalizada (de allí que se la registre como <suttu-> en González Holguín, *op. cit.*, I, 333), está ampliamente registrada en el quechua centro-norteño, donde aparece como <shutu-> (cf. *šutu-*, en el huanca). Nótese, finalmente, la naturaleza de las sibilantes iniciales, perfectamente diferenciadas en el registro documental y en el quechua central moderno, hecho que se correlaciona con los distintos significados que conllevan las raíces involucradas.

en el diccionario del quechua boliviano de Herrero y Sánchez de Losada (1983: 264), así como en los vocabularios aimaras de Lucca (1983: 390) y de Deza Galindo (1989: 169). Por lo demás, es posible que Middendorf haya recogido dicha forma de alguna región cuzqueña (tal vez en Acomayo), pero lo que asombra es que el gran filólogo germano se haya fijado en ella como el étimo del indigenismo respectivo, descartando implícitamente la forma *suruchiq*⁵.

Ahora bien, comparadas *suruchiq* y *suruxchi*, resulta ocioso señalar, a falta de un prototipo (es lo que trataremos de establecer más abajo), que una de ellas deriva de la otra. En efecto, en este caso, que la forma básica fue la quechua y no la aimara se demuestra fácilmente, entre otras razones, porque, aparte de que esta lengua no registra raíz alguna relacionable con **suru-* 'deslizar'⁶, el sobrante *-jchi* (en verdad, *-xchi* o *-xchi*) resulta completamente inusitado a la morfología de la lengua. Descartado tal origen, la alternativa de explicación no se deja esperar: *surujchi* no puede ser sino una metátesis de *suruchiq*, determinada por los hábitos articulatorios de los aimarahablantes. ¿Estaremos aquí ante un fenómeno "de difícil explicación", como lo señalaba Carrión? De ninguna manera, según se verá en seguida.

⁵ Lo propio puede decirse de la etimología absurda que ofrece Farfán (*art. cit.*), para sorprender a los intonsoos, pues la forma <suqoch'i> que proporciona, con una africada glotalizada que nunca existió, sólo pudo haber sido producto de su imaginación. Señalemos de paso que este prolífico "quechuista" estuvo en verdad completamente extraviado, como la gente de su generación, en materia de etimologías quechuas.

⁶ En verdad, la voz *surump'i* 'mal de ojos a causa de la resolana de la nieve' (cf. Ayala Loayza 1988: 174), con la cual se suele asociar *soroche* (ver, por ejemplo, Hildebrandt, *ibidem*), comparte en efecto la misma base (**suru*), tomada por el aimara (cf. Bertonio [1612] 1984: II, 319). El vocablo, sin embargo, a diferencia del término que nos ocupa, tiene un origen formal más complejo, pues, como lo explicaremos más detalladamente en otra nota especial, es el resultado de la haplología de **suru-q ump'i* 'sudor que mana', a través de las fases intermedias *suru(qhu)mp'i* > *surump'i*, expresión con la cual se describía, probablemente, una de las manifestaciones del mal de ojos.

En efecto, como se sabe, el aimara es lengua que siente una particular aversión por los lexemas terminados en consonante, razón por la cual, al asimilar palabras foráneas que no se ajusten a su estructura morfé mica (vengan del quechua o del castellano, por ejemplo), las remodela previa adición de un soporte vocálico final (= regla de paragoge), que en el caso de la variedad altiplánica es la vocal [a] (como, por ejemplo, en *supay(a)* < *q. supay* 'demonio', *papil(a)* < *c. papel*, etc.). Según esto, lo esperable en relación con el vocablo estudiado habría sido una forma como **suruchi(a)*, que sin embargo no parece haber existido jamás. Pues bien, gracias al registro de ciertas variantes léxicas que van apareciendo, tras la relectura de las fuentes quechuas y aimaras, estamos en condiciones de sostener que, al lado de la vocal paragógica como previsión para conjurar la ocurrencia de consonantes en posición final de palabra, el aimara sureño podía también recurrir, para lo mismo, a la metátesis. En efecto, al lado de *surujchi* disponemos ahora de otro ejemplo estupendo: el del topónimo *Potocchi*, que el Inca da como variante de *Potocsi*, señalando que "todo es uno" (cf. *op. cit.*, VIII, XXV, 214), y cuyo significado ignoraba, comprensiblemente en este caso, debido a su base de procedencia aimara (cf. *op. cit.*, VIII, XXIV, 212). En efecto, si bien la raíz del topónimo es de origen aimara: <phutu-> 'emanar vapor, vaho', el derivado tiene gramática quechua, pues proviene de **phutu-chi-q* 'el que hace emanar vapor', es decir tiene la misma estructura interna de **suru-chi-q*. Es más, a la luz del procedimiento mencionado, hoy podemos estar seguros de que la expresión negativa <hanirha> 'todavía no', frecuente en los textos aimaras de los siglos XVI-XVII, y que modernamente se da como *hanira*, conllevaba el sufijo quechua estativo *-raq*, de modo que de **hani-raq* (equivalente del quechua *mana-raq*) se tuvo, por metátesis, *hani-rha*. Así, pues, con tales ejemplos, nuestra explicación del pase de **suru-chi-q* a *suru-q-chi* deja de ser aislada: se trata de los efectos de una regla sistemática, que parece haber operado, a diferencia de la regla de paragoge, sólo en estructuras léxicas derivadas más complejas (portantes de más de un sufijo), como lo prueban los tres casos que acabamos de mencionar.

2.3. Etimología de **suru-* ‘deslizar’. Como se adelantó en § 2.1, lo extraño de esta raíz es que no aparezca registrada, no al menos de manera obvia, en ninguno de los dialectos centro-norteños. Sin embargo, conforme veremos, dicha ausencia es sólo aparente. Los razonamientos que siguen están destinados a demostrarlo, y para ello, como se verá, es inevitable el recurso a la dialectología quechua así como a la historia de la lengua.

Pues bien, comencemos señalando que si sabemos que uno de los cambios fonéticos que caracterizan al quechua central es el de la aspiración de la *s* inicial (como en los casos de *hara* < **sara* ‘maíz’, *hama-* < **sama-* ‘descansar’, etc.), deberíamos esperar, como cognado de la forma sureña *suru-* ‘deslizar’, algo como **huru-*. Sin embargo, no se registra una forma tal; pero, en cambio, tras breve desazón, no es difícil toparse con la raíz *huĉu-*, que para mayor satisfacción lleva el significado genérico de ‘deslizar(se)’, con el agregado de que esta vez el radical aparece en todas las variedades centrales del quechua. La pregunta que debemos formularnos es entonces si dicha raíz tiene algo que ver con nuestro *suru-*, de igual significado, conforme vimos. Es decir, ¿será posible que *suru-*, del quechua sureño, esté relacionado con *huĉu-*, del quechua central? Y si lo está, ¿existe un cambio **ĉ > r* (o, al revés, **r > ĉ*) que pueda dar cuenta de la variación? Gracias al conocimiento que ahora tenemos de la evolución del quechua y del aimara, en cierta forma compartida, podemos sostener que, a la par que se descarta el segundo de los cambios sugeridos, el primero tuvo una realidad histórica concreta.

En efecto, creemos estar en condiciones de señalar que en la relación que acabamos de establecer actuó de por medio el cambio, de origen aimara, en virtud del cual la retrofleja **ĉ* mudó a **r* (proceso conocido como deretroflexión), el mismo que compitió con su similar **ĉ > *t*, en posición intervocálica, como lo prueban los casos de **phuĉaka > puraka* ‘barriga’, **waĉu > waru* ‘andén’, **p’uĉu > p’uru* ‘enano’, etc., frente a los de **ayĉi- > ayti-* ‘enjuagar’, **quĉa > quta* ‘lago’, **nuk’uĉa > ñik’uta* ‘cabello’, etc. (cf. Cerrón-Palomino 2000a: cap. V, § 1.2.1;

cf. también Cerrón-Palomino 2000b). De manera que, en verdad, según el cambio que acabamos de “descubrir”, la raíz *suru-*, del quechua sureño, remonta a **suĉu-* (forma retenida de modo intacto en el dialecto jaujino), y, una vez más, es la variedad central la que nos da la pauta a la hora de establecer el étimo de las voces quechuas. Todo ello quiere decir, en suma, que en la evolución formal de **suĉu-* > *suru-*, fueron los hábitos articulatorios de los aimarahablantes centroandinos, al adquirir éstos el quechua como segunda lengua, los responsables del proceso de deretroflexión mencionado.

Ahora bien, para complicar las cosas, ocurre que el quechua sureño también registra la raíz *suchu-*, con el significado de “deslizarse, rodar o resbalar una cosa de su sitio” (cf. Lira [1941] 1982: 273), es decir el reflejo eminentemente quechua de **suĉu-*, que además preserva su acepción original. En efecto, dicha raíz se explica como resultado del cambio regular **ĉ > ċ*, operado en el quechua sureño (como en los casos de **kaĉi > kaċi* ‘sal’, **ĉaki > ċaki* ‘pie’, etc.; cf. Cerrón-Palomino 1987: cap. VI, § 6.1.12). De esta manera el quechua sureño registra actualmente un doblete: *suru-* ‘deslizar(se) algún líquido’ y *suchu-* ‘deslizar(se) algo sólido’. Ya sabemos que la primera forma acusa influencia de pronunciación aimara, mientras que la segunda remonta directamente a su étimo, sin contaminación exógena.

3. A manera de resumen. En las secciones precedentes hemos apuntalado la procedencia eminentemente quechua del término *soroche*, descartando, por considerarla como desprovista de base, la alternativa etimológica a favor del origen aimara. La voz, en principio de significado descriptivo, como lo prueba el análisis interno de la misma, ya intuido por el Inca Garcilaso, fue creada, a todas luces, para designar la función que cumplía cierto mineral plomizo como elemento fundente de la plata. Luego, en una suerte de resemantización regresiva, pasó a significar también el “metal bajo” de que nos habla el virrey Toledo. En ambos casos, como se ve, el término fue acuñado en el contexto de la explotación minera de Potosí.

Acuñado en el seno del quechua, pasó al aimara, la lengua de los cientos de mitayos que trabajaban en las minas, acomodándose a las pautas articulatorias de sus hablantes. El mismo vocablo, ya aimarizado, regresaría al quechua sureño, deviniendo en una suerte de préstamo-empréstito, fenómeno por lo demás común en la configuración dialectal de aquella variedad (piénsese, por ejemplo, en la voz *lirpu* 'reflejo, espejo', que proviene del quechua **ri-~~r~~pu*, y que delata su condición de aimarismo al portar *l* inicial en lugar de la *r* etimológica).

Ahora bien, desde el punto de vista semántico, el valor que adquiere la palabra como sinónimo de "mal de altura" se gesta, sin duda alguna, aparte del de la explotación minera, en el de los trajines del servicio de transporte de los metales dentro de la sociedad colonial, aunque la fecha no puede remontarse más allá del siglo XVII, pues ni siquiera los cronistas tardíos dan noticia de ello. De manera que la creencia popular según la cual el malestar sería producto de la exposición del organismo a la acción de los gases mefíticos de los minerales, no sería tan antigua, como señalan, entre otros, Middendorf (*op. cit.*, I, 22), pues lo que conocemos como *soroche* se atribuía hasta entonces a los efectos del cambio brusco de la temperatura cálida de los llanos a la frígida de las *punas* o cordilleras, y viceversa, según manifiestan el padre Acosta ([1590] 1954: III, IX, 65) y el propio Inca Garcilaso ([1617] 1944: II, XXXV, 221).

Por lo demás, como se vio, el excursus etimológico que emprendimos sirvió no solamente para corroborar el origen quechua del vocablo sino también para reconstruir la constitución fónica de su radical. Para esto último fue necesario echar mano de la dialectología y de la historia del quechua y el aimara. En tal sentido, la "biografía" del vocablo *soroche* ilustra, de manera patente, hasta qué punto resulta ingenuo tratar de dilucidar la filiación de un vocablo de procedencia andina sin tomar en cuenta la situación de contacto secular en la que se vieron involucradas nuestras antiguas lenguas mayores.

REFERENCIAS

- Acosta, José de
[1588] 1954 *Historia natural y moral de las Indias*. En *Obras*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas, pp. 3-247.
- Álvarez Vita, Manuel
1990 *Diccionario de peruanismos*. Lima: Ediciones Librería Studium.
- Arona, Juan de
1884 *Diccionario de Peruanismos*. Lima: Librería Francesa Científica, J. Galland.
- Ayala Loayza, José Luis
1988 *Diccionario aymara-español / español-aymara*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- Bertonio, Ludovico
[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Ediciones CERES-IFEA.
- Capoche, Luis
[1585] 1959 *Relación de la Villa Imperial de Potosí*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas.
- Carpio Muñoz, Juan Guillermo
1999 *Diccionario de arequipeñismos*. Arequipa: Industria Gráfica Regentus.
- Carrión Ordóñez, Enrique
1977 "Soroche y afines". *Lexis*, I: 2, pp. 137-150.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo
1987 *Lingüística Quechua*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".
1991 "El Inca Garcilaso o la lealtad idiomática". *Lexis*, XV: 2, pp. 137-178.

- 1993 "Los fragmentos de gramática quechua del Inca Garcilaso". *Lexis*, XVII: 2, pp. 219-257.
- 2000a *Lingüística Aimara*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".
- 2000b "La naturaleza probatoria de los cambios lingüísticos: a propósito de la interpretación toponímica andina". *Lexis*, XXIV: 2, pp. 375-396.
- Cobo, Bernabé
[1653] 1956 *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas.
- De Lucca, Manuel
1983 *Diccionario aymara-castellano/castellano-aymara*. La Paz: C.A.L.A.
- Deza Galindo, Juan Francisco
1989 *Diccionario aymara-castellano/castellano-aymara*. Lima: CONCYTEC.
- Farfán, J. María B.
1959 *Quechuismos: su ubicación y reconstrucción etimológica* (sobretiro de la *Revista del Museo Nacional*, Tomos XXVI-XXVIII).
- García de los Llanos
[1609] 1983 *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas y sus labores en los ingenios y beneficios de los metales*. La Paz: MUSEF.
- Garcilaso de la Vega, Inca
[1609] [1617] 1943 *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S. A.
1944 *Historia general del Perú*. Buenos Aires: Emecé Editores S. A.
- González Holguín, Diego
[1608] 1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el*

Peru llamada lengua qquichua o del Inca.
Lima: UNMSM.

Herrero, Joaquín y Federico Sánchez de Lozada
1983 *Diccionario Quechua*. Cochabamba: C.E.F.CO.

Hildebrandt, Martha
1969 *Peruanismos*. Lima: Moncloa-Campodónico Editores.

Lenz, Rodolfo
[1905] 1977 *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago: U. De Chile, Seminario de Lingüística Hispánica.

Lira, Jorge A.
[1941] 1982 *Diccionario kkechuwa-español*. Bogotá: Cuadernos Culturales N.º 5

Mendoza L., Gunnar
1959 "Glosario de voces relativas al trabajo minero". En CAPOCHE, Luis ([1585] 1959): *Op. cit.*, pp. 198-208.

Middendorf, Ernst W.
[1895] 1974 *Perú*. Lima: UNMSM, Tomo III.

Palma, Ricardo
[1895] 1953 "Neologismos y americanismos". En *Obras completas*. Madrid: Aguilar S. A. de Ediciones, pp. 1377-1406.

Santo Tomás, Domingo de
[1560] 1994 *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Peru*. Edición facsimilar, transliteración y nota preliminar de Rodolfo Cerrón-Palomino. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

Sartiges, Eugene de

[1834] 1947 *Viaje a las repúblicas de América del Sur*. Lima:
Ed. Cultura Antártica S. A.

Toledo, Francisco de

[1569-1574] 1986 *Disposiciones gubernativas para el virreinato
del Perú*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-
americanos de Sevilla. Introd. de Guillermo
Lohmann Villena.

Ugarte Chamorro, Miguel Ángel

1995 *Vocabulario de peruanismos*. Lima: Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.